
EL VOCABULARIO DE LA MODERNIDAD POLÍTICA DESDE UN ENFOQUE HISTÓRICO-CONCEPTUAL¹

GUMBRECHT, Hans Ulrich; KOSELLECK, Reinhart ; STUKE, Horts: *Il·lustració, progrés i modernitat. Història dels conceptes*, Introducció de F. Oncina, Traducció de J. Monter, València, Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació, 2018, 348 pp. ISBN: 978-84-7822-729-7.

HÉCTOR VIZCAÍNO REBERTOS
Universitat de València (España)
hector.vizcaino@uv.es

La obra que presentamos es una selección y traducción al catalán de tres entradas del diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* (*Conceptos históricos fundamentales*) que editaron Otto Brunner (1898-1982), Werner Conze (1910-1986) y, especialmente, Reinhart Koselleck (1923-2006), principal artífice y promotor de este proyecto, desde 1972 hasta 1997. Concretamente, se han traducido aquellas voces que dan título a la obra: «Ilustración», «Progreso» y «Modernidad». Están precedidas por una amplia y esclarecedora introducción de Faustino Oncina Coves, uno de los mejores conocedores a nivel nacional e internacional de la obra de Koselleck, titulada “¿Qué significa y para qué se estudia la historia conceptual?” (pp. 9-39), en la que ofrece una panorámica tanto de las coordenadas filosóficas como de las tareas pasadas, presentes y futuras de esta.

Brevemente, cabe señalar que por historia de los conceptos o historia conceptual (*Begriffsgeschichte*) hay que entender una depurada y sofisticada perspectiva heurística — consolidada en Alemania entre finales de los '60 y comienzos de los '70 del siglo XX, aun con diversas tentativas precursoras más o menos afines, y después extendida por otros ámbitos académicos (como el italiano o el iberoamericano)—, situada a caballo tanto de la historiografía social (Conze) y constitucional (Brunner) como de la filosofía política (Schmitt), pero que no desdeña una estrecha relación con la hermenéutica (Heidegger y Gadamer) y el denominado *giro lingüístico*. Tiene por objeto de estudio y objetivo principal

¹ Trabajo realizado en el marco del Grupo de Investigación «Historia conceptual y crítica de la Modernidad» (GIUV2013-037) de la Universitat de València.

dictaminar la génesis y las dinámicas de la Modernidad y diagnosticar sus consecuencias adversas, precisamente, a partir de sus conceptos fundamentales.

Desde este enfoque, los conceptos de la vida social y política son, al mismo tiempo, sujetos y objetos del cambio histórico que es testigo del ocaso del mundo antiguo y feudal y la eclosión diacrónica del mundo moderno entre 1750 y 1850, franja temporal a la que Koselleck denomina *Sattelzeit* o *Schwelienzeit*². Es decir, el mundo de la máquina y de las revoluciones, de las utopías y de las ideologías, del progreso, de la crisis, de la democratización, de la extensión de los derechos, de la Ilustración, de los distintos mesianismos secularizados, de la emancipación, de la Humanidad, de los patriotismos y de nuevos conflictos intestinos de clase, de los -ismos, de la modernización de la vida, del nacimiento del tiempo propiamente histórico, del futuro, de la velocidad y de la aceleración. Para dar cuenta de esta profunda transformación histórica, a la que habitualmente denominamos Modernidad, de la que los conceptos son fieles notarios y promotores, Koselleck ideó y programó un método historiográfico³ que, guiado por la mutación de los significados vehiculados por estos durante la centuria mencionada, consta de cuatro criterios según los cuales, si se estudian los estratos más recientes que vehiculan los conceptos, en ellos se encuentra plasmado un irrefrenable proceso de *democratización* (la extensión a cada vez más capas de población de su poder de significación e implicación), *politización* (su conversión en frentes de conflicto para ganar y establecer sobre ellos un significado hegemónico), *ideologización* (la abstracción y singularización de sus significados, que dejan de referirse a experiencias concretas y/o pasadas) y de *temporalización* (es decir, su proyección en un futuro intrahistórico al alcance de la acción y movilización políticas). En este sentido, el diccionario ofrece el vocabulario de la Modernidad política y social, es decir, una reconstrucción diacrónica de los conceptos que emplearon los hablantes —especialmente en Alemania, pero

² Junto a los historiadores franceses Bergeron y Furet, el alemán estudió esta serie de transformaciones, en una franja de tiempo algo más acotada y bajo el marbete, con reminiscencias hobsbawmanianas, de *Zeitalter der europäischen Revolution*, en L. BERGERON, F. FURET y R. KOSELLECK: *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848* [ed. orig. 1969], Madrid, Siglo XXI, 1994, aquí esp., pp. 1-6 y 283-306.

³ Las líneas programáticas del diccionario confeccionadas por Koselleck, se encuentran expuestas pormenorizadamente en la introducción del mismo: cf. R. KOSELLECK, «Introducción al *Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*» [1972], *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, n. 223, 2009, pp. 92-105.

extrapolables a otros lugares y lenguas— y que vertebraron, a partir de las tensiones entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas que en aquellos se estratifican, los debates políticos, jurídicos, sociales e históricos de los dos últimos siglos y medio.

Siguiendo la taxonomía de la Introducción (pp. 18-20), pueden identificarse cinco pilares teóricos que caracterizan la Historia Conceptual de matriz koselleckiana. En primer lugar, la reconstrucción histórica (a la vez sincrónica y diacrónica) de los diferentes usos concretos de los conceptos a partir de la crítica de las fuentes. En segundo lugar, la investigación estratigráfica de los usos que componen los términos, exponentes de la simultaneidad de la pluralidad de tiempos que estos contienen y a la que se tiene acceso —es el tercer pilar— mediante un estudio exhaustivo de los diferentes significados y designaciones (la combinación de semasiología y de onomasiología) que están presentes en ellos. En cuarto lugar, la diferenciación entre palabra y concepto. Mientras que las primeras son unívocas y definibles, los segundos son controvertidos, polisémicos, relacionales, polémicos e interpretables. Por eso, no todas las palabras son portadoras de conceptos, los cuales «poseen un rostro jánico; son índices y factores. Por una parte, captan contenidos políticos y sociales, son descriptores o indicadores de los contextos que engloban. Por la otra, son creadores de expectativas, encapsulan experiencias pasadas y promueven nuevos horizontes futuros.» (p. 20) En quinto y último lugar, los conceptos plasman y depositan la historia. Más que identidad, entre ambas instancias existe tensión y convergencia. Los conceptos no se identifican con la realidad pero la pueden modificar profundamente a través de la lucha política por la hegemonía de su significado.

A partir de los rasgos característicos de la Historia Conceptual sumariamente esbozados, se pueden leer fructífera y provechosamente los tres capítulos que componen el volumen, que son la aplicación y cristalización de los mencionados principios y criterios a tres conceptos estelares en los que se compendian buena parte de las dinámicas emancipadoras pero también distorsionadoras e incluso patológicas que entretejen la Época Moderna. A continuación daremos de ellos unas ligeras pinceladas.

El primero comprende la traducción de la entrada del diccionario dedicada a la Ilustración (pp. 41-185) —*Aufklärung*, sin duda, la más extensa de las tres—, de cuya

redacción se ocupó Horst Stuke. El concepto de Ilustración es uno de los índices y principales factores del ingreso en la Modernidad. Su gestación está entretejida por dos momentos que coinciden con su carácter bifronte: concepto de época y de movimiento. Por un lado, al mismo tiempo que registra una nueva época histórica, de progreso, del triunfo de la razón y de las libertades, la promulga, porque ha «sido entendida como una tarea actual teórico-cognitiva o pedagógico-moral» (p. 46) por sus coetáneos, lo cual, por el otro, hace del ilustrado un concepto de movimiento con impulsos universalistas que, yendo más allá del siglo que, propiamente, lo vio nacer, extiende, amplía y transforma sus márgenes en virtud de su ductilidad, dinamismo y flexibilidad. A partir de esta caracterización inicial, el capítulo analiza las formulaciones y tratamientos más relevantes del concepto como iluminación del entendimiento y del corazón, como propagador del conocimiento, del saber y de la educación, para tratar su polivalencia en Mendelssohn y Kant, entre otros. También se estudia la importancia que alcanzó durante el periodo revolucionario francés (pp. 95-110) como fuente de politización y polarización, para, después, iniciar un repaso del movimiento en la Alemania de la *Sattelzeit* (pp. 110-150), desde Herder hasta Hegel, pasando por Lessing, Schiller y los principales representantes del Romanticismo y del Idealismo. Finalmente, establece algunos rasgos fundamentales de la comprensión del movimiento ilustrado durante el siglo XIX (pp. 150-182) que, comenzando por la reinterpretación católica acaba en los jóvenes hegelianos y Nietzsche. Concluye con una visión panorámica (pp. 182-185) desde el siglo XX, en la que se afirma que «por más que la Ilustración va unida a la idea del autoconocimiento y de la autoliberación de la humanidad a nivel de filosofía de la historia», es decir, a un concepto histórico de un contexto concreto, «a partir de las discusiones de las nuevas izquierdas, sin embargo, hoy ya no se puede prescindir de él, como concepto instrumental, politizado e ideologizado» (pp. 184-185).

“Progreso” (*Fortschritt*, pp. 187-291), que lleva la huella indiscutible de Koselleck, es la segunda voz traducida. El capítulo comienza con una enumeración (pp. 190-191) del “conjunto de estructuras modernas de movimiento” que concita el concepto, como su autonomización (el progreso es sujeto de sí mismo) e inclusión de toda la humanidad, su carácter de partido y de acción, pero también teleológico y cuasi-religioso de esperanza, indicando a la vez «una aceleración que, a diferencia de la aceleración física, solo puede

ponerse en marcha y originarse por medio de fuerzas históricas» (p. 191) Tras unas páginas escritas por Christian Meier en torno al concepto de progreso en la Antigüedad (pp. 193-206), Koselleck lo retoma en el medievo (pp. 207-217) para desgarnar las relaciones de ruptura y de continuidad que encontramos de aquellas fuerzas históricas en la Modernidad. El autor presenta el concepto como un producto típico de la Ilustración y de la filosofía de la historia, en el que las disposiciones naturales del ser humano se temporalizan y futurizan mediante las nociones de perfectibilidad y disponibilidad de la historia y la experiencia de mejora continua. De este modo, «en torno a 1800, a estas dos proposiciones: (a) que todos los movimientos hiáticos se unen en una historia irreversible del progreso y (b) que este progreso se acelera, se añadió esta nueva posición: el sujeto hipotético del progreso tenía que transformarse en el sujeto real del progreso mediante una planificación. [...] Así, convertir la hipotética historia de fondo del progreso en la historia real del futuro se convierte en la tarea del presente» (pp. 262), cuya meta no es sino la emancipación del género humano. En el penúltimo punto del capítulo, se analiza el progreso como un motor histórico, político y social que hace de él un «concepto-guía» del siglo XX (pp. 269-287). Con un sustrato empíricamente constatable a través de los avances en el ámbito de la ciencia, la técnica y la industria, *progreso* se convierte en una consigna política (pp. 270), es decir, tanto en una categoría de “religión sustitutiva” como en una instancia de ocupación ideológica, pero también en una categoría de perspectiva histórica para comparar entre sí épocas, naciones y clases diversas. Koselleck pone a Marx y Engels (pp. 283-287) como ejemplo paradigmático de este cúmulo de significaciones antes de concluir con una visión de conjunto (pp. 287-291). En ella, además de un sucinto repaso de las principales críticas a la fe en el progreso del siglo XIX y XX, lanzadas, entre otros, por Kierkegaard, Baudelaire, Sorel, Nietzsche, Benjamin o Horkheimer, concluye con una cuestión: “Los contornos de una época ya cubierta del progreso se desdibujan [...] Hay que poner en duda si con esto la pregunta sobre nuestra modernidad, que en su tiempo se evocó con el progreso, puede ser transformada ya en una respuesta retrospectiva, porque forma parte del progreso, no importa desde qué perspectiva, un potencial pronosticador al que no puede renunciar la política” (p. 290)⁴.

⁴ Sin duda, este es uno de los trabajos histórico-conceptuales más articulados y completos de los redactados por Koselleck para el diccionario, aunque esta no será la última vez que el historiador pensante trabaje el concepto mencionado: cf. «Progreso» y «decadencia». Apéndice sobre la historia

La última voz traducida es «Moderno, Modernidad» (*Modern, Modernität, Moderne*, pp. 293-348), de la que se encargó Hans Ulrich Gumbrecht, estudiándola especialmente desde un punto de vista estético⁵. En las observaciones previas (p. 299) al desarrollo del capítulo, el autor constata tres posibles significados iterativos del concepto de moderno y modernidad que se consolidan con la *Sattelzeit* y que son: en primer lugar, *presente*, actual o coetáneo, opuesto a anterior; en segundo lugar, *nuevo*, un presente vivido como separado y diferente de las épocas anterior, en contraste con antiguo o viejo; por último, pasajero o efímero, “pasado de un presente por venir” y opuesto a la eternidad. Con estas herramientas, tras hacer un repaso de los significados de los conceptos en la Edad Media y el Renacimiento, el capítulo se adentra en la Modernidad propiamente dicha comenzando por la conocida *Querelle des Anciens et des Moderns*, en la que se planteó si la superioridad del presente respecto de la Antigüedad solo se daba en el ámbito de las ciencias o también de las artes, y sigue su desarrollo a lo largo de los siglos XVIII y XIX, de la mano de los ilustrados, de los clasicistas y de los románticos, pasando por Baudelaire, Marx y Nietzsche, hasta llegar al siglo XX en el que la modernidad se concibe como un programa de cambio con consecuencias ambiguas. Gumbrecht termina con un balance: “hacia finales del siglo XVIII, en la discusión estética en el umbral entre Clasicismo alemán y romanticismo europeo se produjo la separación del presente, como época “moderna”, del modelo normativo de la Antigüedad, que durante las siguientes décadas se convirtió en punto de partida de la concepción filosófica de una nueva conciencia del presente [...] Mientras que Koselleck explica el cambio de la experiencia de los tiempos como adaptación a las pretensiones empíricas de un mundo que se tecnifica de manera creciente, Luhmann lo ve condicionado por la necesidad de proyectar

de los conceptos», en id. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012, pp. 95-112. Desde un planteamiento teórico dependiente del koselleckiano, pero poniendo el foco de atención en la relación inextricable entre el tiempo progresivo de la modernidad, su vinculación con el problema de la secularización y las consecuencias perversas que se derivan de ello, cf. G. MARRAMAO: *Poder y secularización. Las categorías del tiempo*, Barcelona, Península, 1989, pp. 53-127.

⁵ Koselleck ofreció una aproximación histórico-conceptual alternativa a este concepto —que en alemán se dice tanto *Modernität* como *Neuzeit*, incidiendo este segundo en el surgimiento de un *nuevo tiempo* o *nueva época*— para profundizar, precisamente, en la experiencia de novedad que traían consigo los acelerados tiempos modernos, en «“Modernidad”. Sobre la semántica de los conceptos modernos de movimiento», en id., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 287-332.

de nuevo en el futuro un exceso de posibilidades de acción, que entren por primera vez en la conciencia y que no se han conseguido a partir del paradigma del pasado. Desde este momento, hay que concluir que la obligación de seleccionar como camino para configurar el futuro ha disuelto la coerción de la tradición” (pp. 346-348).

Quería terminar el repaso de las voces con esta cita porque, a partir de ella, es posible constatar, como lo ha hecho el propio Gumbrecht en trabajos posteriores, impulsos teóricos que, a partir de Koselleck y que van más allá de él, certifican la emergencia de una nueva experiencia del tiempo propia de esta nuestra post-postmodernidad. Ésta se cifra, precisamente, en una oposición o, quizá de forma más precisa, en una relación de continua discontinuidad con el tipo de régimen de historicidad de la modernidad descrita e historizada en el diccionario, siendo uno de sus principales núcleos la instauración de un *presente amplio*, de contornos imprecisos, en los que se reactiva la investigación del pasado y de las tradiciones como dispositivos enterrados, algunos legítimos, otros no, pero igualmente persistentes, que no sólo no se cancelan en la secuencialidad progresiva de una historia que rompe con la ejemplaridad del pasado, sino que configuran un presente, de estratigrafías y genealogías múltiples, del que no podemos despedirnos tan fácilmente por la vía del futur(ocentr)ismo⁶. En este

⁶ Al respecto, cf. H. U. GUMBRECHT: *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, Madrid, Escolar y Mayo, 2010, pp. 19-86 e id., *Our Broad Present. Time and Contemporary Culture*, Nueva York, Columbia University Press, 2014; en una línea paralela, cf. también F. HARTOG: *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México D.F., Universidad Iberoamericana, 2007, pp. 141ss y 225-237. Un ejemplo (o quizá *experimento* teórico) especialmente esclarecedor de un tipo de historiografía en clave sincrónica, que rompe con la conciencia histórica decimonónica la vez que bosqueja algunos de los síntomas de la experiencia del tiempo contemporánea, se encuentra en H. U. GUMBRECHT: *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*, México D.F., Universidad Iberoamericana, 2004. La peculiaridad de esta obra, como se detalla en el «Manual del Usuario» con que se abre este singular artefacto, consiste en que «no tiene comienzo en el sentido en que las narraciones o las discusiones tienen comienzos. Comience por cualquiera de las cincuenta y una entradas en cualquiera de las tres secciones tituladas “Dispositivos”, “Códigos”, o “Códigos colapsados” (el orden alfabético de los subtítulos muestra que no hay ninguna jerarquía entre ellos). Desde cada entrada una red de referencias cruzadas le llevará a otra vinculada con ella» (p. 11). En virtud de la peculiar estructura de *En 1926*, el lector puede zigzaguear a su voluntad desde los «Dispositivos» (pp. 19-243) estudiados (como, y sirvan solo de ejemplo, «Aeroplanos», «Azoteas ajardinadas», «Transatlánticos», «Momias», «Relojes», «Vías Férreas», «Líneas de Montaje», «Empleados») a los «Códigos» (pp. 245-338) que constituyen el momento histórico («Autenticidad vs. Artificialidad», «Presente vs. Pasado», «Incertidumbre vs. Realidad» o «Silencio vs. Ruido») y de estos a los «Códigos colapsados» (pp. 339-394) (entre los que se cuentan «Centro = Periferia (Infinitud)», «Masculino = Femenino (Problema de género)», «Individualidad = Colectividad (Líder)»). El objetivo de Gumbrecht, evitando “las contextualizaciones diacrónicas a través de la evocación de fenómenos y visiones del mundo que ocurrieron “antes” y “después” de 1926” (pp. 11-12), además de hacer presente un ambiente o conjunto de *Stimmungen* que se dieron en 1926, es,

sentido, una pregunta pertinente a nivel tanto histórico como filosófico es si los conceptos recogidos en el diccionario siguen vertebrando los debates contemporáneos o si, en cambio, han entrado en escena otros y, en ese caso, cómo, cuándo, por quién y qué.

Pero volviendo al texto que nos ocupa, cabe añadir que los principales resultados historiográficos y teóricos que proporciona el diccionario en general y las voces traducidas en particular son tres. En primer lugar, sirve para *informar*, como fuente de consulta para los diferentes tipos de investigaciones históricas, sociológicas, lingüísticas, filosóficas, etc. En segundo lugar, permite un control semántico sobre los términos que facilita no incurrir en anacronismos, es decir, proyectar conceptos y categorías actuales a fuentes y contextos del pasado que le son ajenos. En tercer y último lugar, proporciona las bases para desarrollar, como plantea Oncina en la *Introducción* del volumen, tanto una teoría de la modernización como una teoría de la modernidad: “La primera consiste en una descripción histórica centrada en el surgimiento y evolución de las sociedades industriales occidentales; la última en una perspectiva filosófica que atiende a fenómenos (distorsionadores, patológicos, alienantes) marginados del concepto de modernización” (p. 39).

Entre las críticas que ha recibido este programa de investigación abierto por Koselleck y su concreción en los *Geschichtliche Grundbegriffe*, cabe destacar la imputación de que, si por un lado, su distribución alfabética no permite aprehender el dispositivo lógico-conceptual moderno (al estilo, sirva tan sólo de ejemplo, de las *epistemes* foucaultianas de *Les mots et les choses*, vertebrador de un régimen de discursividad de la política estructurado en términos de individuo, libertad, igualdad, derecho, contrato, representación, Estado, etc.) que articula e hilvana todos los conceptos en él incluidos, al mismo tiempo que, por el otro, carece de la suficiente radicalidad filosófica para dictaminar las contradicciones de orden lógico pero con efectos reales que este produce. Desde nuestro punto de vista, si bien es cierto que esta crítica es, además de

fundamentalmente, responder por la vía de la puesta en práctica a la pregunta «¿Qué podemos hacer con nuestro conocimiento sobre el pasado, una vez que hemos abandonado la esperanza de “aprender de la historia” con independencia de medios y costos? [Es decir,] cómo escribir o representar la historia” (p. 13). A la teorización de esta forma de historiografía, Gumbrecht le dedica una adenda al final de la obra mencionada, titulada: «Después de “aprender de la historia”» (pp. 397-425). Para una consideración filosófica e historiográficamente más pormenorizada del surgimiento del cronotopo del presente ampliado, cf. id., *Después de 1945. La latencia como origen del presente*, México D.F., Universidad Iberoamericana, 2015.

enriquecedora para la historia conceptual, necesaria y pertinente en algunas de las entradas del diccionario, por lo que se refiere al proyecto en conjunto y a los trabajos koselleckianos en concreto, no es del todo justa⁷. Por una parte, como el propio autor matizó años después, aunque la distribución que más se ajustaba al proyecto, a la postre, tuvo que ser alfabética, esto no significa en ningún caso que entre los conceptos no exista una efectiva relación constelativa: “los conceptos siempre están integrados en redes conceptuales. De lo que se trata es de saber el grado de precisión con que se analizan”⁸. La radicalidad filosófica que está a la base del diccionario y del itinerario koselleckiano, yendo a la segunda crítica planteada, no se cifra tanto en la deconstrucción lógica que pone de manifiesto las contradicciones internas de los conceptos modernos —mérito de la práctica histórico-conceptual italiana (desde el grupo de Padua, pasando por Carlo Galli, hasta Roberto Esposito)—, como en la introducción de un criterio, hasta ese momento ausente entre las teorías de la modernidad, como es el de *aceleración*, que, apoyándose en una teoría de los tiempos históricos, permite valorar las dinámicas y las consecuencias conceptuales, históricas, políticas y sociales de la Modernidad y, simultáneamente, desenmascarar como ideológicas algunas de las consignas que promueven la modernización a toda costa⁹.

Para concluir, queremos destacar que el proyecto impulsado por la nueva colección «Novatores Major» de la valenciana Institució Alfons el Magnànim de publicar —en este caso, en catalán, en una versión impecable de Josep Monter Pérez—, tres voces fundamentales de los *Geschichtliche Grundbegriffe*, es una muestra de la actualidad e interés que no deja de suscitar el programa histórico-conceptual y filosófico koselleckiano. Consideramos que se ha de tomar buena nota del ejemplo del Magnànim y propiciar que éste solo sea un botón de muestra de un conjunto necesario, aún por llegar, de traducciones y trabajos originarles que nos permitan una profundización desde esta

⁷ Para estas críticas cf. S. CHIGNOLA y G. DUSO: *Historia de los conceptos y filosofía política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 65ss y 146ss.

⁸ R. KOSELLECK: “Historia conceptual”, en id., *Historias de conceptos*, op. cit., p. 47.

⁹ Al respecto de esta dimensión de la propuesta koselleckiana, cf. G. IMBRIANO: *Le due modernità. Critica, crisi e utopia in Reinhart Koselleck*, Roma, DeriveApprodi, 2016; D. FUSARO: *Essere senza tempo. Accelerazione della storia e della vita*, Milán, Bompiani, 2010; F. Oncina, “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, *Historia y Grafía*, n. 44, 2015, pp. 89-114; y H. ROSA: *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, Buenos Aires, Katz, 2016.

perspectiva en el conocimiento de la Modernidad, de sus claroscuros, de sus postrimerías y de sus contornos.